

Cartas a Mis Pacientes



Ilustración: José Luis Alcover Lillo.

M. Gloria Alcover Lillo*

Aconitum

Pedro es un hombre de 50 años dedicado a la arquitectura. Es el mayor de cuatro hermanos, todos varones. Desde niño acumuló miedos porque su padre era alcohólico y maltrataba a su madre cuando llegaba a casa. Además, montaba grandes escándalos en la calle: se pegaba con los vecinos, discutía furibundo con los amigotes del bar y no respetaba nada ni a nadie. Por si fuera poco, despilfarraba todo su capital y llevó a su familia al borde de la ruina varias veces, por lo que Pedro fue desarrollando miedo a la pobreza, a la muerte, a la enfermedad y a ser incapaz de sostener su propia vida y la de los suyos.

Sin embargo, el padre tenía su vena genial y creativa: era un fantasioso y un soñador. Eso le hacía incluso atractivo, simpático y fuera del común de los mortales, motivo por el cual Pedro, a pesar de todo, le admiraba en su interior.

Pedro vivía aterrorizado de lo que podía pasar cada día. Iba con miedo a la escuela. Tenía miedo de dejar sola a su madre, miedo de dejar a los pequeños.

*La autora es médico cirujano por la Universidad Complutense de Madrid (España), con especialidad en Ginecología y Obstetricia; además, tiene la especialidad en Homeopatía por la Escuela de Posgrado de Homeopatía de México, A.C., y es miembro de honor de la Universidad de Sevilla, la Academia Médico Homeopática de Barcelona, la Escuela Médico Homeopática Rumana, la Escuela Médico Homeopática Ecuatoriana, la Escuela Médico Homeopática de Bogotá y el Instituto G. Páez de Bogotá.

Miedo siempre, aunque él no tenía la capacidad de ayudar o defender a nadie porque era también muy pequeño, pero sentía el peso de tener que proteger a todos, empezando por su madre.

Su padre, además, era muy despreciativo y con él, el varón primogénito; se ensañaba, haciéndole sentir siempre inútil para todo, poco capaz e inteligente.

Pedro fue creciendo dentro de esta realidad y, entre las cosas que se convirtieron para él en una obsesión, estaba el demostrar que era más que su padre: más soñador, más genial, más capaz, más hombre, más perfecto y más todo. Y, sobre todo, demostrárselo a su propio padre y a toda la sociedad, delante de la cuál su progenitor lo había humillado tantas veces.

Esta situación fue creando un personaje megalómano, que siempre estaba **por encima de sus posibilidades** físicas y psíquicas. Siempre tenía que demostrar a todos lo único, extraordinario y genial que era. Aunque no lo era y nunca lo fue, este desafío suponía una gran batalla en la que iba perdiendo su vida.

Amaba la buena vida y al mismo tiempo tenía una personalidad monástica. En realidad, lo que deseaba más inconscientemente era “salir de la jaula” donde se había metido: tener que demostrar, a cualquier precio, que era un triunfador. Necesitaba compensar sus esfuerzos con “el buen comer, darse la buena vida...” pero, en realidad, no lo resistía. Su agotamiento y su permanente tensión, gastritis, cistitis, timpanitis, tendinitis y recurrentes jaquecas no se lo ponían fácil.

No hacía nada más que trabajar para construir y reconstruir y volver a construir mil proyectos, con mil hipotecas, mil líos económicos y trampas para demostrar lo fuerte y valiente que era. Y no sólo inteligente, sino “audaz y listo”. Capaz de desbancar siempre a los otros.

Era víctima de sí mismo y de su apellido. Esclavo permanente de la necesidad de demostrar todo el tiempo que era genial y que era capaz de salir adelante, triunfante, a pesar de las dificultades. Todo de cara a los demás. Estaba lleno de proyectos que no terminaba nunca, porque siempre añadía más cosas, según él, geniales y que se le iban amontonando a lo largo de su vida. Esto trajo como consecuencia el estar en el fondo siempre sólo, siempre histérico y nervioso, irascible, malhumorado y violento. Y, por

tanto, el no tener amigos, competir sin tregua y en permanente desafío consigo mismo, enfermado inevitablemente. Sus enfermedades eran lógicamente físicas, sobre todo **compulsiones obsesivas y fobias**.

Aquí aparece la necesidad de **Aconitum napellus** como un remedio adecuado y **agudo**. Al mínimo frío, seco o húmedo, cuando cogía la moto para ir al trabajo se le desencadenaba el hormigueo, la tensión y el terror de tener una enfermedad mortal que le acarrearía una muerte instantánea.

En los momentos en que pasaba el límite de su resistencia, y ante un dolor de estómago desencadenado por comer pizza, le sobrevenían cólicos violentos e incontrolables. Al más mínimo golpe de tos, o alguna molestia con dolor de garganta por una sutil corriente de aire, entraba en el pánico típico del remedio: temía la muerte y pedía ayuda gritando, o pedía que lo llevaran a Urgencias. No podía dormir pensando que tenía que hacerse mil análisis al día siguiente. Se analizaba continuamente y se iba a informar de todo tipo de virus, bacterias u hongos que pudieran estar apoderándose de su organismo, mismos que terminarían con su vida en cualquier momento, incluso durmiendo.

Todo esto se desarrollaba veloz y violentamente, y la situación podía durar horas si no tomaba el remedio, e incluso repetirse en ciertos momentos todas las semanas o todos los días.

Como se comprende, era necesario tratar a Pedro en profundidad para corregir todo el hondo cuadro neurótico que se había estructurado en su vida, pero en los momentos agudísimos, desquiciantes y atormentados, **Aconitum** cumplía con su maravillosa acción terapéutica equilibradora, lo que le permitía a Pedro recuperar una mínima serenidad, imprescindible para seguir adelante mientras se curaba en lo profundo.

La prescripción: **Aconitum** 200K, 3 granulitos cada 2 horas, si era necesario. Bastó tomarlo una o dos veces y todo volvió a su equilibrio básico habitual.